trarios, porque no aguardaban tan presto a los mexicanos y así había ido el señor de aquel pueblo a verse con el señor de Totopec, a apercibirlo para la guerra, y así sus ejércitos se descompusieron luego con la falta de su capitán.

Sabido lo hecho por Nahuixochitl señor de esta provincia, vino con priesa con la gente de Tototepec que traía de socorro y juntos éstos con otros fueron al lugar donde los mexicanos tenían empeñolados a los tzozoltecas y representáronles la batalla. Volvieron sobre ellos, los mexicanos y venciéronlos a todos y prendieron muy gran suma de ellos, y los pocos que escaparon, de esta muy reñida y sangrienta batalla, se fueron a sus pueblos, con más priesa que trajeron, temiendo la muerte que sobre ellos iba; pero los que estaban de presidio en Huaxyacac salieron a ellos y los corrieron y los hicieron muchas molestias y prendieron gran parte de estos que habían quedado. Vencida esta batalla y entrados los pueblos de esta república, sacaron todo el despojo que pudieron y a Cetecpatl, señor de Cohuaixtlahuacan, prendieron y con él a muchos de los de las provincias de Tototepec, Tecuantepec y Yopitzinco y vinieron a Mexico con grandísima presa y muy ufanos con tan gran victoria, y fue a tiempo que se celebraba la fiesta de tlacaxipehualiztli (que quiere decir desuellamiento de hombres) y en ella fueron todos muertos y sacrificados. Reservóse Cetecpatl, señor de Cohuaixtlahuacan, para otra ocasión, por razón de que los reyes querían informarse de el estado de las cosas de aquellas provincias y descubrió muchas y muy grandes traiciones que él, con los otros que quedaban, tenían ordenadas. Declarado todo lo que pasaba, fue muerto y sacrificado a los demonios; y por haberse mostrado fiel Cuzcaquauhqui fue puesto en el señorío de su hermano y fue a gobernarle con el reconocimiento que siempre les pidió el mexicano; pero no con esto se acabaron las guerras, por entonces, porque quedaba vivo Nahuixochitl que se les había ido por pies a los mexicanos; pero volviendo otra vez con gente lo vencieron y prendieron con otros muchos de los suyos y fue traído a Mexico y sacrificado; y de esta vez no levantaron más cabeza los tzozoltecas y quedaron tributarios perpetuos de los mexicanos.

CAPÍTULO LXXVI. *De otras guerras y sucesos, y de un caso entre huexotzincas y chololtecas*

STE MISMO AÑO, que estos reyes alcanzaron victoria de las provincias mixtecas, tuvieron algunas diferencias entre sí los huexotzincas y chololtecas y llegaron a las manos, y los huexotzincas los fueron retirando hasta meterlos en su pueblo y les quemaron algunas casas y mataron alguna gente; y recelosos los malhechores de que se había de saber en Mexico lo hecho enviáronlo a decir a Motecuhzuma con dos caballeros que eligieron para el caso. Los cuales, cuando llegaron a esta corte y estuvie-

ron en la presencia del rey, no sólo dijeron el acometimiento que entre las dos partes había habido y la verdad de lo que había pasado sino que se demasiaron en decir que los cholultecas habían perecido y los que habían quedado de ellos se habían huido y desamparado el pueblo. Y como éste era uno de los lugares más reverenciados que en esta tierra había, y muy frecuentado de los reyes y señores de esta Nueva España donde honraban al dios Quetzacohuatl, túvolo por grande azar, y llamando a los dos reyes de Tetzcuco y Tlacupa consultaron el caso y salió determinado que fuesen gentes suyas a Cholulla y supiesen la verdad de lo acontecido y si habían ofendido en algo a su dios Quetzalcohuatl (de que quedaban dudosos y muy atemorizados), y en el ínterin que iban detuvieron a los mensajeros huexotzincas. Hízose así y volvieron con razón verdadera de lo que había pasado (que es como se ha dicho y referido). Enojado de esta mentira el rey mandó aprestar las gentes de los tres reinos, y en campo formado los envió a Huexotzinco, mandando a los capitanes que llevasen sus mensajeros y los entregasen y dijesen el delito que habían cometido y que hiciesen conforme viesen la ocasión. Supieron los huexotzincas cómo los mexicanos, aculhuas y tepanecas iban a su ciudad de guerra y, como gente belicosa que era, saliéronlos a recibir al mismo fuero y sin aguardar razones los quisieron acometer en un lugar donde se habían alojado, llamado Oyacatla. Los mexicanos, que los vieron venir con esta determinación, les dieron voces de paz y los detuvieron y después de haberse quietado y detenido llegaron a ellos los capitanes generales de los tres reyes, y dijéronles: el señor que está en medio de las aguas, Motecuhzuma y el señor de Aculhuacan que está a las orillas de las aguas que riegan todas sus riberas, Nezahualpilli y el señor de los tepanecas que reina sobre las vertientes de los montes nos envían a que os digamos que estos vuestros mensajeros fueron a su presencia a decir de vuestra parte cómo habíais muerto y desbaratado a los cholultecas y destruido su ciudad, cosa que aunque no la creyeron, les puso en muy grande cuidado, por ser la casa de nuestro dios Quetzalcohuatl, que veáis si fueron razones vuestras o invenciones y mentiras suyas.

Bien entendían los huexotzincas que aquel recaudo y pregunta con tanta gente armada era para destruirlos si dijeran ser razones enviadas a decir del senado, y así dijeron: no habiendo sido el hecho tanto como eso, cosa clara es que fue mentira; y siéndolo no la había de decir una república tan grave como la nuestra; pero con el castigo de los que nos han afrentado lavaremos la sangre de nuestra inocencia; y llevándose a Tolimpanecatl y a Tzoncuztli, que eran los mensajeros que habían venido a Mexico, les cortaron las narices y las orejas (que era el castigo del traidor o mentiroso) y volviéronlos a los capitanes, y les dijeron: veis aquí los que trajisteis, llevadlos a vuestros señores y decidles lo que hemos hecho y cuán sus servidores somos. De esta manera pagaron estos mensajeros, y los mexicanos se volvieron sin hacer guerra, porque si aquello no hicieran los huexotzincas se la hicieran; y con esto quedaron satisfechos y contentos los tres reyes.

Este mismo año fueron contra los itztecas y les hicieron guerra y rindie-

ron, y luego contra los itzcuintepecas y les sucedió lo mismo asolando a fuego y sangre estas provincias; y debió de ser por haberles hecho demasiada resistencia; porque si la hacían los cautivaban a todos y a los que no podían mataban y no dejaban memoria de ellos. Volvieron con esta grandísima presa y en la fiesta que hicieron el año siguiente a la estrena de una grandísima sala, que llamaban tzumpantli, que era lugar donde tenían ensartadas en grandes astas las cabezas de los sacrificados (como en otra parte decimos), sacrificaron muchos y los otros que quedaron murieron en el cerro de Itztapalapa (que llaman Huixachtecatl) en la dedicación de la casa que llamaron ayauhcalli, que fue muy suntuosa y de mucha veneración, porque en aquel cerro se sacaba el fuego nuevo, como en otra parte decimos.

Este mismo año, sexto del reinado de este gran rey Motecuhzuma, fueron los tres reyes contra Atlixco (que siempre la gente de por allí era inquieta) y sentaron su campo en Acatlan y comenzaron a combatirlos un día muy de mañana, donde se mostraron muy valerosos los de la una y la otra parte, aunque de los mexicanos fue el que más lució este día Atlixcatzin y murieron de los de más cuenta Huitzilihuitzin, Ixtlilcuechahuatzin, Xihuitltemoctzin, Cecetzin, Tezcatzin, Tepolomitzin, Atlequitohuatzin y Chimalquauhtzin que eran de los más nobles y más valientes capitanes de los ejércitos mexicanos; y volviéronse por entonces con más daño que provecho, a dar razón a sus reyes de su grande pérdida. Fueron luego otros (si no fueron estos mismos) a Tecuhtepec y los vencieron y trajeron muy grande presa de cautivos, y era a sazón y coyuntura que se renovaba el fuego en el cerro Huixachtecatl (que se hacía de cincuenta y dos en cincuenta y dos años, por el mes de diciembre, como ya decimos en otro lugar) que le cupo a Motecuhzuma este sexto año de su reinado y aquí fueron muchos los que murieron y entre ellos fueron estos tecuhtepecas; y luego hubo un eclipse del sol. Todas, señales de mal pronóstico para el desgraciado rey, porque como tenían creído estos indios que solos cincuenta y dos años les concedían los dioses de vida, y que llegado el último era posible acabarse el mundo, en cuya memoria hacían esta ceremonia de sacar fuego nuevo, como renovando el pacto que con el demonio tenían hecho para servirle de nuevo otro tanto tiempo, ya que no se acababa en aquél; púdole ser anuncio malo, viendo que en su tiempo le venía aquel azar; y si fuera esta concurrencia del año de su fuego trece años después, fuera muy cierto lo que de este embuste sentían; porque fue el último de su reinado y vida, pues en él la perdió y juntamente con ella cayó la grandeza del imperio mexicano. Y haberse eclipsado el sol tantas veces en el discurso de ellos bien le pudiera anunciar el eclipse de su majestad y grandeza, quedando obscurecido su poder con la entrada de los españoles, como la luz del sol con las causas naturales que le estorban para no poder mostrarse por el tiempo que dura aquel estorbo; pero como no sabía lo por venir (aunque de esto y de otras muchas cosas que siempre fueron sucediendo lo pudo recelar) pasaba el tiempo y gozaba de su imperio, queriéndose hacer señor de todos. Pasóse esta solemnidad, que fue de las más celebradas que hubo en estos reinos, porque ya el poder mexicano era muy grande y la

supersticiosa religión que seguían muy sabida y puesta en muy gran punto y así hubo ocasión de esmerarse en ella, y ésta fue la última que hicieron, aunque ellos no lo entendieron así, porque el demonio o no lo alcanzó a saber para decírselo o si ya lo barruntaba por cosas que pudieron dárselo a entender no se lo debió de querer decir, por tener de ellos más cosecha en los grandes e inmensos sacrificios que de ordinario le hacían. Desembarazado el rey del cuidado de esta festividad fue luego el año siguiente con los reyes, sus aliados, contra los de Zollan y Mictlan, dos naciones muy llenas de gente, pero no los hubieron a las manos; porque sabiendo su venida se metieron la tierra adentro en la sierra y desampararon sus casas, aunque no fue tan libremente que no les prendiesen algunos que o no pudieron seguirles o quisieron aguardarlos y defenderles sus casas. Y de vuelta fueron contra los de Quauhquecholla y les cautivaron tres mil y ducientos, y aquí hicieron valerosos hechos los capitanes Cuitlahuatzin (hermano del rey Motecuhzuma) y Mauhcaxacohitzin y Ezhuahuacatl; y murieron en esta guerra otros cinco muy esforzados capitanes y señores, llamados Macuilmalinaltzin, Tlacateccatl, Quitzquaquatzin, Ilamaehuatzin y Xochitlahuatzin; y volvieron los ejércitos con victoria y los cautivos fueron muertos en la fiesta de tlacaxipehualiztli (que se celebraba entonces) y en la estrena del templo de Zonmolli que se acabó de reedificar después de la quema del rayo que lo había consumido (como ya hemos visto).

Al octavo año de su imperio envió sus gentes contra los huexotzincas y no pudieron hacer mucho efecto y sólo cautivaron sesenta (aunque por ser huexotzincas que eran muy valientes lo tuvieron a buena dicha). Esta guerra les debieron de hacer por razón de la que ellos hicieron a los cholultecas (como hemos dicho) y haber quedado de ello amostazados los reyes, por ser lugar de su devoción; pero aunque la hicieron no llevaron más recado de ella que lo dicho.

Este mismo año fueron los tres ejércitos a la provincia de Amatlan contra sus moradores; pero enmedio del camino les sobrevino una tempestad de nieve muy grande, no siendo tiempo de ella, y vino con un muy grande huracán de vientos, y como estaban en montañas, entre bosques y arboledas muy espesas, hizo en ellos muy grande riza porque del frío de la nieve murieron muchos y otros de árboles que sobre ellos cayeron, arrancados de la fuerza del aire y otros murieron con golpes de piedras que se derrumbaron sobre ellos, caso inevitable y que no lo pudieron remediar. Y aunque los que quedaron vivos pasaron adelante, y llegaron a Amatlan, como no eran los necesarios en número para aquella guerra murieron los más en ella y los que volvieron fueron pocos y muchos menos los cautivos que trajeron, de que no quedaron muy consolados los que los enviaron. En este mismo tiempo apareció en el aire aquella columna de fuego que nacía en la parte de oriente y subía hasta la mitad del cielo y con la luz del sol cuando salía se desaparecía, de la cual decimos en el capítulo de los pronósticos, en este mismo libro, que causó grande turbación a todas estas gentes.